

CRÍTICA DE LIBROS

SIGUAN, M. (2008). *La flecha en el blanco. Una reflexión sobre nuestro tiempo*. Barcelona: Horsori Editorial, S.L. ISBN: 978-84-96108-58-5

Cuando se aborda la historia de la psicología, a menudo se da por obvio que, entre pensadores, sus opiniones personales son tan válidas como su obra teórica. Más allá de una mente lúcida, en sus escritos críticos y ensayos extraacadémicos uno puede hallar el lado “más humano” de la persona, desenmascarando el personaje al que institucionalmente se encumbra. No obstante, no siempre se tiene lo suficientemente en cuenta el carácter público del autor. Consideremos por un momento la prolífica producción (de Freud, Chomsky, Piaget, Marina o Castilla del Pino, por citar unos pocos ejemplos) dispersa en periódicos y demás medios de prensa, al que cabría valorar a la misma altura que la obra más literaria (y no por ello menos relevante) de psicólogos como Skinner, Groddeck o Musil, entre tantos otros que cultivaron prosas menos encorsetadas que las propiamente académicas.

En el caso de Miquel Siguan, *honoris causa* por varias universidades (UAB, Sevilla, Euskadi, Ginebra) y emérito de la UB, esta excepción confirma la regla. Nacido en el primer cuarto del siglo pasado y dotado de una memoria privilegiada, su visión del mundo y la vida resulta tan interesante como necesaria, pues ha sido testigo directo de dos guerras fratricidas –de hecho, todas lo son–, ha experimentado las angustias del exilio –si se considera como tal su formación londinense– y ha escrito para contarlo. Supone *La flecha en el blanco* un vasto desglose de pensamientos y reflexiones sobre variados temas, centrándose sobretudo en las ¿tensas? relaciones entre Catalunya, España y Europa (a fin de cuentas, nación y noción se distinguen por una sola letra), así como en los conflictos derivados del cambio de los tiempos.

Distribuidos en siete bloques, el casi medio centenar de artículos –publicados en *La Vanguardia*, *El Ciervo* y *Avui* durante la última década– ofrece una amplia muestra de la postura vital que Siguan ha adoptado ante los problemas de nuestra era. Usando un tono ácido y ágil, de firme ironía y duro mordiente, a veces tan apasionante como lírico, los textos aquí reunidos versan sobre la inmigración, el mestizaje como esperanza de futuro, la corrupción democrática y el declive de los valores sociales y religiosos. Desprovisto de retóricas pedantes y farfollas de relleno, Siguan se revela como un escritor de verbo preciso y extensa cultura.

Ya para empezar, las fascinantes biografías que abren el libro invitan al lector a contagiarse de la emoción con que están escritas. Entre intensos relatos de amor revo-

lucionario y crónicas bélicas muy sentidas –como la sublevación del general Komorovsky contra la ocupación nazi en Varsovia, que sirve al autor para pensar sobre la arbitrariedad política de redistribución de territorios y, de paso, sus consecuencias para con la identidad cultural de todo un pueblo–, Siguan cuelea sugerentes propuestas epistémicas para los historiadores en general y de la psicología en particular –y para muestra, su ameno “análisis psicobiográfico” del *demonio meridiano*, culpable de la abulia, el *spleen* y el pecado de la acedia–.

La parte dedicada a la evolución de la comunicación por las nuevas tecnologías es quizá la más cercana al ámbito psicológico. En estos breves apuntes hace un repaso a los cambios acaecidos en los usos y los procesos escriturales desde el albor de la humanidad, además de la concepción del tiempo y su perpetuación material. Como bibliófilo confeso, Siguan se muestra muy preocupado por ese paso de lo oral a lo escrito y ahora a lo virtual (sustituyendo cartas por e-mails y plumilla por PC). Del uso interrelativo en el trato personal al establecimiento de las relaciones afectivas entre madre e hijo a través del diálogo de la mirada, Siguan plantea una ambivalente postura ante la implantación de esas formas alternativas de información y comunicación, como atestigua con el ejemplo de los programas de IA capaces tanto de ganar al ajedrez (*Deep Blue*) como de componer poesías con cierta calidad (SARA). Aunque parece partir del mismo lado optimista de Havelock, Gergen o McLuhan –Siguan habla también de “aldea global”–, el autor admite que la transformación no es tan radical: la mayor parte del correo electrónico imita los modos de la comunicación oral o bien la ortografía del SMS suple la gramática del telégrafo, mientras que los inconvenientes por el almacenamiento documental derivan en el mal de una conservación con fecha de caducidad, etc.

Es en los asuntos del bilingüismo donde Siguan mejor se desenvuelve, ya sea para debatir sobre la convivencia entre lenguas –sean éstas el catalán y el castellano o la oral y la escrita, por ejemplo– o para prever las condiciones de supervivencia de las más minoritarias (en general exclusivamente orales) frente al empuje de otra colonial o los conflictos surgidos de su perdurabilidad junto a otras, cuyas drásticas soluciones políticas se saldan beneficiando a unas en detrimento de sus convecinas. Ante la necesidad de una lengua universal para afianzar la comunicación con el extranjero –la historia nos demuestra cómo han variado constantemente las “modas idiomáticas”: el latín eclesiástico, el francés culto, el esperanto utópico, el inglés comercial...–, también cabe la apuesta por la hibridación de dos lenguas mayoritarias, como pasó con el *spanglish* en EEUU. Por supuesto Siguan es un acérrimo defensor del mestizaje como futuro ideal por medio de la integración social y cultural –y la descendencia de parejas de distinta nacionalidad abre ese camino, redefiniendo nuevos retos para la psicología social–, por lo que urge un programa educativo que posibilite esa responsabilidad.

El problema, claro, sigue siendo esa interesada politización por dividir las poblaciones según criterios que poco o nada tienen de “naturales”. No en vano, muchos de los artículos denuncian la perniciosa utilización de la idiosincrasia de los pueblos, la configuración de patriotismos, la cristalización de estereotipos y su imbricación en los tópicos nacionalistas. Por otra parte, la (re)instauración de las autonomías y el surgimiento de un sentimiento de identidad nacional son también un denso caldo de cultivo para el desarrollo de la psicología aplicada. Al respecto, es muy interesante la analogía que establece con las raíces cristianas que contribuyeron antiguamente a la unificación de la comunidad

europea, así como el paralelismo que enlaza el martirologio cristiano con las bases del comunismo original, que el autor desarrolla con inteligencia y mucho humor.

Mas es en los artículos que refieren lo anecdótico de la vida donde Siguan aúna reflexión y sonrisa, despertando en el lector sus dudas y deudas con(tra) el progreso. Aunque no abundan en el total del libro, los textos más políticos tratan de desengranar –éticas aparte– los mecanismos de la corrupción y el fin de las utopías. Pero son los asuntos ecológicos los que más le incomodan. Siguan pone en aviso sobre el desgaste mundial de los recursos naturales y los monopolios que puedan aprovecharse de ese preciado abastecimiento, y critica por igual los cambios en las costumbres que resultan de esa idea de progreso mal entendido.

En ese punto es cuando Siguan declara sus miedos hacia ese denominado “estado de bienestar”. Más allá de los berrinches del fútbol y los caprichos de la medicina a la carta, deben entreverse los peligros de la posmodernidad sin medida. La visión que Siguan tiene del arte actual es por ende muy cercana a la de Baudrillard o Danto, por cuanto perdió su importancia como herramienta evolutiva del hombre para sufrir las heridas casi irreversibles de una indisciplinada mercantilización en manos de malos gestores de la cultura. Y es que de la MACBanalización del arte moderno –haciendo del museo algo tan polivalente que lo de menos es lo que expone, sino lo que vende– a la McDonaldización en serie hay sólo un paso –léase Guggenheim entre líneas–. El retorno del arte a manos del consumidor (devolviéndole el valor de uso, como excusa experimental para la construcción de la subjetividad) supondría un necesario cambio hacia la posmodernidad, independizándose al fin el arte de instituciones y de intenciones de poder. Lo mismo comporta la voluntad de “corregir” la naturaleza fisiognómica y orgánica del cuerpo humano: éste ya no es más la prisión del alma, sino esclavo de su deseo.

Es entonces cuando se destapa el Siguan humanista, atacando las ciencias al servicio de las empresas y políticas, y a tenor de ello, la historia de la psicología está plagada de “casos ejemplares”: el escándalo Nordin contra los deficientes mentales, los programas eugenésicos de esterilización, los sistemas de clasificación por CI, las lecturas criminalistas lombrosianas que aún perduran, el determinismo genético para legitimar la aceptación única de los más aptos... Tampoco el aumento de la media de vida es tan benigno como se presume, pues con ello se incrementan las necesidades de apoyo social para el sector poblacional más viejo: se alarga la vida, sí, pero el precio a pagar es un número muy alto de ancianos que viven solos/aislados y que precisan de cuidados personales continuos.

Siguan pide cautela ante los progresos interesados –ciencia incluida– y una Historia desnortada, aconsejando calibrar nuestros actos con perspectiva. Por esa imperiosa razón, este hombre sabio que vio pasar todo un siglo ante sus ojos escogió estas bellas líneas para cerrar el volumen, dejándonos un valioso legado a tener muy en cuenta: «La historia tiene una dirección y un sentido y este sentido es la lucha por un mañana mejor. Pero no hay momentos singulares que nos instalen en la eternidad ni instituciones detentadoras de la verdad que nos puedan marcar el camino. Sólo nuestra responsabilidad por el instante presente y por nuestra situación concreta, sólo nuestra solidaridad con los que sufren y con los desposeídos, sólo la afirmación tenaz de la esperanza».

Iván Sánchez Moreno
Universidad de Barcelona
Ivan.samo@gmail.com